

que os amo: juzgaos en mi corazon, y tomadle por vuestra conciencia. El dolor os extravía: creed á la que os adora: el amor que yo siento no es ilusion; si os estimo, si os admiro es porque sois el mejor y el mas sensible de los hombres. — Corina, dijo Osvaigo, no merezco tanta alabanza: pero quizá no seré tan delincuente: mi padre me perdonó ántes de morir: en un escrito suyo, dirigido á mí en sus dias postreros, he hallado voces suaves: hábiale llegado una carta mía, que me justificó en algun modo; mas estaba hecho el daño, y el dolor que yo le causé, habia despedazado su corazon.

Cuando volví á entrar en su palacio, cuando me rodearon sus antiguos domésticos, me negué á sus consuelos: acuséme delante de ellos, fui á prostrarme sobre su sepulcro, y en él juré, como si aun durase para mí el tiempo de reparar, que jamas me casaria sin consentimiento de mi padre! Ay! ¡qué prometia á quien ya habia dejado de existir! ¡Qué significaban entónces aquellas palabras de mi delirio! Debo á lo ménos considerarlas como una promesa de no hacer cosa alguna que hubiera desaprobado durante su vida. Corina, dulce amiga, ¿por qué os sobresaltan estas voces? Mi padre pudo exigir de mi el sacrificio de una mujer falsa, que debia mi pasion solo á sus artificios; pero de la criatura mas sincera, mas natural y mas generosa, la primera que me ha inspirado aquel amor que purifica el

alma, en lugar de extraviarla, ¿por qué querian separarme los seres celestiales?

Al entrar en el aposento de mi padre, vi su capa, su sillón, su espada, todavía como otras veces, todavía allí; ¡pero su sitio estaba vacío y mis gritos le llamaban en vano! Ese manuscrito, esa coleccion de sus pensamientos, es lo único que me responde: ya habeis visto algunos trozos, dijo Osvaigo, dándosele á Corina; siempre le llevo conmigo; leed lo que escribia sobre la obligacion de los hijos con sus padres; leed, Corina, tal vez el dulce acento de vuestra voz me acostumbrará á sus palabras. Corina obedeció á Osvaigo, y leyó lo siguiente:

« ¡Ah! ¡qué poco necesitan para desconfiar de sí mismos un padre, una madre adelantados en la vida! ¡cuán fácilmente se creen de mas en la tierra! ¿De qué pensarán servir para vosotros, si ya no les pedís consejos? Vivís enteramente en el momento actual; os fija en él una pasion dominante; y todo cuanto no se refiere á ese momento os parece antiguo y fuera de uso. En fin, estais de tal suerte en vuestra persona de corazon y de ánimo, que creyendo formar solos un punto histórico, no atendeis á las semejanzas eternas entre el tiempo y los hombres, y la autoridad de la experiencia os parece una ficcion, ó una garantía vana, destinada únicamente para dar crédito á los viejos, y para deleite postrero de su amor propio. ¡Ah! ¡qué error! El mundo, este vasto teatro, no cambia de actores;

siempre sale á la escena el hombre mas el hombre no se renueva; y como todas sus formas dependen de algunas pasiones principales, cuyo círculo está recorrido mucho tiempo há, rara vez en las combinaciones ménos notables de la vida privada, deja de ser la experiencia, esta ciencia de lo pasado, origen fecundo de la mas útil enseñanza.

» ¡ Honor, pues, á los padres y á las madres! honor y veneracion, aunque solo será por su imperio pasado, por aquel tiempo que fué de ellos solos, y que ya no volverá; aunque no mas sea que por aquellos años para siempre perdidos, cuya augusta imágen llevan en su frente.

» Esta es vuestra obligacion, hijos presuntuosos, que os mostrais impacientes por correr solos el camino de la vida. Se irán, no lo podeis dudar, esos padres que tardan en haceros lugar: ese padre, cuyos discursos tienen todavía cierta severidad ofensiva: esa madre, cuya edad cansada exige cuidados molesto: se irán esos guardianes vigilantes de vuestra niñez, y esos protectores celosos de vuestra juventud; se irán, y buscareis en vano otros amigos mejores; se irán, y cuando ya no existan, se os presentarán con nuevo semblante; porque el tiempo que envejece á las personas cuando las vemos, las torna jóvenes para nosotros despues que las hace desaparecer la muerte; el tiempo les da entónces un esplendor que no advertíamos; las contemplamos en el cuadro de la eternidad donde ya no hay

edades, así como no hay graduacion; y si hubiesen dejado en la tierra una memoria de sus virtudes, las adornaríamos en idea con un rayo celestial, las seguiríamos con nuestras miradas á la mansion de los escogidos, las consideraríamos en aquellas moradas de gloria y de felicidad; y á la par de los brillantes colores con que formaríamos su auréola santa, nos veríamos ofuscados en medio de nuestros mas hermosos dias, y de los triunfos que mas nos deslumbran (1). »

— Corina, exclamó lord Nelvil con vehementísimo dolor, ¿ juzgais que escribió contra mí esas crueles palabras? — No, no, respondió Corina; sabeis que os amaba, tenia confianza en vuestro cariño; y ademas, vos mismo me habeis dicho que estas reflexiones estaban escritas mucho ántes de cometer vos ese yerro que os causa tanto pesar. Escuchad mas bien, prosiguió Corina, hojeando el manuscrito que aun no habia dejado, escuchad estas reflexiones sobre la indulgencia, algunas páginas mas adelante :

« Caminamos en la vida, rodeados de lazos, y con planta mal segura; nuestros sentidos se dejan seducir con engañosos halagos; nuestra imaginacion nos extravía con resplandores mentidos, y nuestra razon misma recibe cada dia de la experiencia el grado de luz que le faltaba, y la con-

(1) Discurso sobre las obligaciones de los hijos con sus padres. Curso de moral religiosa. Véase la nota del tomo I, pág. 246.

fianza que necesita. Tantos peligros juntos con tanta flaqueza; tantos intereses varios, con prevision tan limitada, y tan reducida capacidad; en fin tantas cosas desconocidas, y una vida tan corta; todas estas circunstancias, todas estas condiciones de nuestra naturaleza, ¿no son para nosotros una advertencia del alto puesto que debemos dar á la indulgencia en el orden de las virtudes sociales? ¡Ay! ¿dónde está el hombre exento de flaquezas? ¿Dónde está el hombre que no tiene nada de que culparse? ¿dónde está el hombre que puede mirar hácia atras de su vida sin sentir algun remordimiento, y sin arrepentirse de algo? Solamente extraña las agitaciones de un alma timorata, el que nunca se examinó á sí propio, el que jamas vivió en la soledad de su conciencia (1). »

— Estas son, prosiguió Corina, las palabras que vuestro padre os envia desde el cielo; estas sí, son para vos. — Es verdad, dijo Osvaldo; sí, Corina, vos sois el ángel de los consuelos; vos me aliviáis; pero si hubiera podido verle un momento ántes de morir, si hubiera sabido por mí que no era indigno de él, si me hubiera dicho que lo creia, no me atormentarian los remordimientos como al mayor delincuente; ni tendria este modo de obrar vacilante, este corazon inquieto, que á nadie promete ventura. No me juzgueis débil; el valor no puede nada con-

(1) Discurso sobre la indulgencia, en el Curso de moral religiosa. Véase la nota del tomo I, pág. 246.

tra la conciencia; procede de ella; ¿cómo la ha de vencer? Ahora mismo, conforme va creciendo la oscuridad, me parece ver en esas nubes los surcos del rayo que me amenaza. ¡Corina! ¡Corina! sosegad á vuestro infeliz amigo, ó dejadme tendido en esta tierra; quizá se abrirá á mis voces, y me permitirá penetrar hasta la mansion de los muertos.